

14V-78

# La izquierda y la extrema izquierda

Por RAFAEL GAMBRA

Días atrás escribía en estas mismas páginas sobre «la derecha y la extrema derecha». El tema ha tenido una posterior actualidad muy inmediata. Un triste suceso de orden público fue seguido de un funeral y de una manifestación de protesta por lo ocurrido. Parece que el triste suceso (el ametrallamiento de unos policías) fue obra de la extrema izquierda, y la manifestación, obra de la extrema derecha. Los periódicos «bien pensantes» y las organizaciones políticas oficiales han declarado su insolidaridad con uno y otro hecho. Y reprobado por igual, en los términos más enérgicos, a la extrema izquierda y a la extrema derecha. Lo bueno y aceptable es lo no extremista ni «ultra»; es decir, la derecha y la izquierda. Posiciones relativas y «situadas» dentro de un «establishment» político.

Decía yo en aquel mi anterior artículo que no es casualidad que el grupo revolucionario, situado a la izquierda en la primera asamblea de la República Francesa, no sólo no rechazara la denominación de «izquierda», sino que la asumiera con orgullo y como bandera. (Teniendo en cuenta que en la mentalidad espontánea del hombre —y más aún en la visión bíblico-cristiana de nuestra civilización—, la derecha (la diestra de Dios) es de donde procede la gracia y el perdón y donde se sitúa el bienaventurado, al paso que la izquierda es el lugar de la maldición y de las cosas diabólicas, «sinistras».) Fue como una elección subconsciente del fondo antirreligioso de la Revolución: una rebelión contra el orden natural, un desafío a Dios.

Pienso, sin embargo, que la «izquierda» ha tenido en los últimos decenios una evolución psicológica importante. Durante el siglo pasado y comienzos del actual, la izquierda fue la vanguardia de la revolución liberal. Procuró, de acuerdo con las teorías de Rousseau, destruir todas las instituciones de la antigua sociedad —desde la familia hasta la Iglesia— para «desvincular» al individuo y rescatar en él su bondad natural y su libertad primitiva. En nuestra época, después de siglo y medio de revolución, la obra liberal puede considerarse terminada. Las instituciones de la antigua sociedad no existen ya, o por lo menos no ejercen su función «vinculante». La familia, exangüe en la sociedad «desarrollada», se ve prácticamente privada de la autoridad paterna y no sostiene ya finalidad alguna —patrimonial o profesional— que trascienda a la vida individual. La Iglesia «posconciliar», «arrodillada ante el mundo moderno», ha declarado su adscripción al movimiento democrático-socialista y su insolidaridad con las instituciones de la civilización cristiana que ella misma inspiró en el pasado. Y las demás instituciones de la sociedad prerrevolucionaria son ya sólo un recuerdo.

Puede así decirse que el designio histórico del izquierdismo liberal está hace tiempo consumado. (Cosa distinta es que de esa labor «desvinculadora» haya surgido el hombre bueno y la sociedad pacífica.) La bandera de la Revolución ha sido

hoy recogida por el marxismo; es decir, por los que llaman los liberales «extrema izquierda». Se trata ahora de reorganizar de modo socialista (por la tecnocracia estatal) esa sociedad masificada que la desvinculación y el individualismo liberales han creado. La mentalidad marxista —y los fines del comunismo— son algo determinado y comprensible, por más que entrañen toda una filosofía, una fe y aún una lógica distintas e «intrínsecamente perversas».

Pero el izquierdismo no comunista ¿qué objetivos reconocerá después de realizada su obra? ¿En qué ha quedado una vez privado de sus fines revolucionarios? Aquí estriba la evolución psicológica a que me he referido: el izquierdismo ha dejado de ser hoy un designio político para convertirse en una «postura» intelectual. Postura, por cierto, bastante cargante. El izquierdista de hoy, como el antiguo volteriano, está siempre contra el orden establecido —contra todo orden— en sus principios y teoría. El es un «esprit fort», más avanzado que nadie, crítico universal que no reconoce «enemigos a la izquierda» y al que no vinculan creencias ni coarta norma alguna. Es siempre partidario de la libertad de expresión y de costumbres, de la enseñanza laica, del divorcio, del aborto legal, de toda «apertura» y, especialmente, del pacifismo. Es hostil a toda autoridad, a todo «prejuicio» o «convencionalismo». (Su imagen en burdo me parece muy bien reflejada en aquel ribero de Tudela que asistía a un mitin del Frente Popular coreado con vítores a la libertad, al divorcio, al amor libre... Y que, queriendo ganar a todos de un modo definitivo, gritó triunfante: «¡Viva lo peor!»)

Lo cual no quita para que reaccione airado contra «la violencia venga de donde viniere», que él mismo ha sembrado en las almas. Ni es obstáculo para que, cuando se trata de la educación de sus hijos —de sus hijas sobre todo—, recurra a un buen colegio religioso donde les inculquen el bien y la virtud (es decir, los prejuicios y las rutinas.) Ni lo es tampoco para que hoy, consumada su propia obra, se encuentre con que son los propios frailes y monjas quienes enseñen a sus hijos la libertad intelectual, la libertad sexual y la «contestación».

Alguna vez he pensado en lo qué sucedería si los chinos de Mao llegaran a convencerse de que toda la Europa occidental es verdaderamente «izquierdista» y obraran en consecuencia. Avanzarían sobre Europa sin armas, porque el pacifismo y la «objeción de conciencia» impedirían a los invadidos toda resistencia armada. Además entrarían en cada casa sin temor a ser «discriminados», seguros de que su dueño les ofrecería su mujer y su despensa en un espíritu de apertura y fraternidad universal.

Quizá tomarían la precaución de llevar palos, para los perros de las granjas. Porque los perros no fueron nunca «izquierdistas» y cumplirían con su deber de perro defendiendo la hacienda de su amo.